

PRESENTACION

En octubre de 1980 la actual Facultad de Teología de la Universidad de la Iglesia de Deusto (Bilbao) conmemoraba el Centenario de su fundación en el antiguo monasterio de Oña (Burgos). Unos meses antes había tenido lugar su nueva instalación (aulas y biblioteca) dentro del *campus* de la Universidad. Por ese mismo tiempo y con motivo de la renovación de Estatutos tras la Constitución Apostólica *Sapientia Christiana*, se completaba el largo proceso (catorce años) de su incorporación plena a la mencionada Universidad de Deusto. Se ha abierto de esta forma para ella un nuevo siglo, que tal como lo caracteriza su hasta ahora Gran Canciller, P. Pedro Arrupe, Preósito General de la Compañía de Jesús, deberá estar marcado por una lectura atenta de la historia y por la aceptación del reto que le plantean las culturas en que se halla inserta y las demás ramas del saber universitario.

Se han cumplido cien años desde que en 1880 un grupo de jesuitas españoles, estudiantes y profesores, regresaban de su exilio en Francia —de la que a su vez resultaban expulsados— y, bajo los auspicios favorables de la restauración canovista, tras diversas vacilaciones erigían en octubre de ese mismo año su Centro de Estudios teológico-filosóficos dentro de los muros del vetusto Monasterio-fortaleza, ya cargado de historia, de San Salvador de Oña.

En el desfiladero que desde la Bureba y a través de las sierras cántabras abre el Oca para llegar al Ebro, se había ido forjando lo que con el tiempo serían el Condado, Reino y Corona de Castilla. La primitiva fortaleza dio paso pronto, con la estabilidad política del lugar, a un Monasterio para princesas e hijas de nobles y que luego, bajo Sancho el Mayor de Navarra y como consecuencia de los movimientos europeizadores (*navarrismo*, según Vicens Vives) que se inician o se desarrollan fuertemente durante su reinado (Camino de Santiago, Clu-

ny, Románico, etc.), se convertiría definitivamente en Abadía benedictina.

Panteón de Condes y Reyes, vive épocas de esplendor que irán dejando sus huellas arquitectónicas en los diversos estilos que hoy se pueden constatar, desde el primitivo románico hasta el barroco churrigueresco.

A finales del siglo XIX su inmenso caserón, prácticamente abandonado desde la desamortización de Mendizábal y con serios destrozos a causa de las guerras carlistas, ofrecía *de momento* suficientes posibilidades para lo que los nuevos inquilinos buscaban en las azarosas circunstancias de aquel entonces. De ese modo, la Orden religiosa que Ignacio de Loyola había troquelado como expresión de servicio a la Iglesia militante, suprimida por las presiones de las Cortes borbónicas y restaurada cuarenta años más tarde por la Sede Romana, instalaba ahora en un tranquilo rincón de la Bureba, antaño escenario privilegiado de luchas entre árabes y cristianos, su Centro de Estudios, sus Facultades Eclesiásticas y la Casa de Formación para sus futuros sacerdotes.

Para los que volvían del exilio (o de los sucesivos exilios que se prodigaron a lo largo del XIX) parecía que se abría, según todas las apariencias, un período de respiro y tranquilidad. No muy lejos, en la Corte y, más cerca, en las márgenes de las rías del País Vasco, estaba comenzando la gran revolución cultural e industrial que debía alterar el mapa sociológico de España.

Ha pasado desde entonces un siglo y resulta obvio hacer de ello alguna conmemoración. Celebrar un Centenario es algo que entra dentro de los comportamientos simbólicos del hombre. El número 100 se saluda en todo recorrido como una piedra miliaria gozosa. Si además esa piedra miliaria se encuentra, no ya en la monotonía del camino, sino en una encrucijada o puente, lo que a la mirada superficial pudiera parecer como producto de la arbitrariedad humana, pierde inmediatamente toda su posible convencionalidad y se transforma espontáneamente en algo que invita a la reflexión y a la valoración histórica.

Los jubileos de un Centenario se celebran de modos muy diversos. El de una Facultad de Teología es obvio festejarlo con los actos académicos propios de un Centro universitario. Parte de ellos tuvieron lugar ya en octubre pasado (1980) al conmemorarse con exactitud ritual en el Paraninfo de la Universidad de Deusto el Centenario de la fundación. El lector podrá encontrar en las páginas de la Sección primera de este Volumen las conferencias y lecciones que entonces se tuvieron.

Desde aquí vaya nuestro más sincero agradecimiento a los Profe-

sores Pedro Laín Entralgo y Diego Gracia, que tan desinteresadamente se prestaron desde el primer momento para todo lo que fuere necesario. Nuestra gratitud se dirige de modo especial al Profesor Xavier Zubiri, nuevo Doctor «honoris causa» en Teología por nuestra Facultad, por su presencia en la celebración de este Centenario y por su Lección Inaugural del Curso Académico 1980-1981, lección al mismo tiempo *magistral* en todas las acepciones del término.

Vaya también nuestro reconocimiento al Excmo. Sr. Dr. D. Rafael Caldera, ex-Presidente de Venezuela, nuevo Doctor «honoris causa» asimismo por la Facultad de Derecho, por las constantes y cariñosas alusiones a la Facultad de Teología, lugar donde se formaron sus primeros maestros y colaboradores.

Resulta también obvio celebrar este centenario con la publicación de una Miscelánea conmemorativa. Un centenario, acontecimiento añejo y cargado de madurez, invita siempre a la reflexión serena, *teológica*, propia de un saber universal y universitario, entre cuyas actas y títulos fundacionales se encuentra el de *Parens Scientiarum*. Si esto es ya «de suyo» motivo de reflexión y de algo así como rendición de cuentas, el interés se acrecienta en nuestro caso por una serie de coincidencias que en parte hemos dejado ya entrever a los comienzos, y que pretendemos sirvan de orientación en la publicación que se intenta llevar a cabo: la Fundación y nacimiento en Oña de la actual Facultad de Teología de la Universidad de Deusto y la conmemoración de su Centenario en Bilbao, se encuentran ambas enclavadas en auténticas encrucijadas eclesiales y teológicas que, al menos y siquiera brevemente, es necesario tener en cuenta.

* * *

Las Facultades de Oña se fundan en 1880, al año de publicarse la encíclica de León XIII *Aeterni Patris* sobre la restauración de los estudios eclesiásticos de acuerdo con la filosofía de Santo Tomás. La encíclica venía a recoger y a dar satisfacción a los votos que a este propósito se habían formulado con ocasión del Concilio Vaticano I. La brusca interrupción de éste impidió de momento dar orientaciones concretas al respecto. Pero el ulterior relevo en la Sede de Pedro reanimó los deseos del Concilio (que eran los de todo el catolicismo) y los hizo cristalizar en una encíclica que, por la «recepción» que tuvo en la Iglesia, ha quedado convertida en piedra angular de todo el pensamiento católico subsiguiente.

Visto, pues, el entorno cultural y eclesial del momento, las nuevas Facultades jesuíticas debían quedar necesariamente marcadas ya desde sus mismos orígenes por las todavía recientes directrices pontificias. Tras un siglo de convulsiones y bruscos cambios históricos se veía como algo necesario una auténtica «Filosofía cristiana» que sirviese de estructura fundamental a cualquier concepción de la realidad. La Teología debía estructurarse obviamente de acuerdo con ese pensamiento filosófico determinado, que en aquel momento aparecía como el único posible: un tomismo riguroso en la forma, pero interpretado vaticanamente con cierta elasticidad. Debía aceptar asimismo el reto de las ciencias naturales (la Ciencia) y mostrar que no sólo no eran contrarias a la Fe, sino que positivamente la ratificaban. La nueva Facultad de Teología estaría, por consiguiente, al lado de otra de Filosofía y al lado también —cosa que podrá sorprender al lector moderno y que tal vez lo juzgue exagerado— de notables Laboratorios y Museos de Ciencias.

A lo largo de estos cien años han ocurrido en el mundo toda una gama de acontecimientos que han ido configurando, algunos de forma decisiva, la vida académica y la «existencia teológica» de la Facultad fundada en Oña.

Mencionemos a nivel internacional, a modo de ejemplo, las dos grandes guerras mundiales, que necesariamente tuvieron que influir en la formación y actividades de los miembros de una Orden religiosa caracterizada por su internacionalismo. Pero es obviamente la vida de la nación la que deja una huella más profunda en el lejano monasterio que, a pesar de su aislamiento, aparece a los ojos del historiador de hoy como latiendo siempre al ritmo y compás del entorno y de la época. «El 98» y el «regeneracionismo» subsiguiente traen consigo la aparición de la revista *Razón y Fe*. Su primer director y colaboradores se buscan entre los profesores de Oña. Coincidiendo con «el 27», y en virtud de las mismas constantes históricas, las bibliotecas y los estudios de Oña son reorganizados por P. Leturia según los métodos más científicos y serios que ha aprendido en el extranjero. La proclamación de la II República provocó una vez más otro nuevo destierro, esta vez tras cincuenta años de permanencia en el mismo lugar, precisamente cuando se comenzaba a recoger los frutos de un intenso proceso de modernización y europeización. La europeización y modernización continuaron durante el exilio forzoso en Bélgica, incluso con mayor intensidad, que sin embargo a la vuelta del destierro, tal vez por lo peculiar de las circunstancias subsiguientes (guerra mundial y aislamiento internacional, euforia del nacionalcatolicismo y exaltación desmedida de

las esencias patrias), no dieron de sí todo lo que en un principio hubiera cabido esperar.

La Constitución Apostólica *Deus scientiarum Dominus* de 1931 supuso, tras la *Aeterni Patris* de 1879, el encauzamiento académico y serio de los estudios eclesiásticos, estructurados según un esquema restauracionista que amanezaba ya con anquilosarse. No es hora ésta de valorar todo lo que en la Iglesia supuso el documento de Pío XI. Baste con decir que la seriedad que impuso a la vida académica de la Iglesia posibilitó al poco tiempo la renovación de la teología católica y la aparición de una generación de pensadores, entre los cuales se reclutarían fundamentalmente los peritos del Vaticano II, y de los que sigue viviendo aún hoy día la Iglesia católica. Las Facultades de Teología y Filosofía de Oña fueron de los pocos centros de la Península que entonces quedaron reconocidos como tales.

Pero el acontecimiento que marca realmente la vida de toda la Iglesia en pleno siglo XX es el Concilio Vaticano II. En él y a lo largo de sus cuatro sesiones, la Teología, sin dejar de ser fiel a su propio pasado, va viendo cómo recibe nuevas orientaciones. El entorno del mundo no es ya el del XIX. No se trata de restaurar nada de acuerdo con un esquema del pasado ni de hacer frente al reto de determinadas parcelas de la realidad. Como en los siglos II y III, la Iglesia, en situación cada vez mayor de diáspora, siente la interpelación de toda una cultura (o culturas) y la necesidad de un diálogo y encarnación en ellas.

Si el nacimiento de la Facultad de Teología oniense se enmarca en un post-concilio (Vaticano I) y al año de publicarse la encíclica programática que orienta los estudios teológicos, su Centenario tiene lugar también en un post-concilio (Vaticano II) y al año también de publicarse el documento oficial de la Iglesia que encauza la reforma de los estudios eclesiásticos promovida por dicho Concilio. Si su nacimiento tiene lugar junto a una Facultad de Filosofía y unos importantes Museos y Laboratorios de Ciencias Naturales, su Centenario, coincidiendo con su nueva ubicación, tiene lugar en un entorno cultural mucho más amplio de una Universidad cuya confesionalidad «jurídica» se le presenta como un logro cotidiano, una invitación al diálogo y una tarea de evangelización.

Toda esta serie de llamativas «coincidencias» se ha ido convirtiendo al paso de los días en la pauta de la reflexión teológica pretendida con la publicación de esta Miscelánea conmemorativa, y que puede quedar expresada en una palabra: CAMBIO. *Cambio* profundo en la vida de la Iglesia, y en su reflexión teológica en general, pero también *cambio*

profundo en las circunstancias concretas, culturales y locales, desde donde la Facultad debe hacer hoy Teología.

Ello no significa que la reflexión que aquí se pretende hacer quede reducida sólo y exclusivamente a la mera constatación del cambio. El Gran Canciller y General de la Compañía de Jesús, P. P. Arrupe, en su condición de antiguo alumno quiere «acompañar su felicitación y acción de gracias por la historia realizada, con unas reflexiones para la historia que sigue abierta... Una Facultad de Teología se mantiene viva en la medida en que conserva y renueva su sensibilidad a la historia de Dios en y con el hombre, no sólo acompañando su historia, sino en lo posible ejerciendo su misión profética también en la verdad anticipatoria de la misma». Ejercer, pues, esa «misión profética en la verdad anticipatoria de la historia» es asimismo una de las principales intenciones que ha estado presente desde el primer momento en la elaboración de estas páginas.

Esta «nueva sensibilidad a la historia», esta «misión profética» no pueden consistir nunca en un mero pensar proyectivo hacia el futuro. En cuanto seres humanos, inmersos en la historia, «nos encontramos situados» de forma radical en nuestros propios condicionamientos o «existenciales». De ahí los estudios históricos de diverso tipo que deben darse en una obra como ésta. Con ellos no se trata de hacer un homenaje a la Facultad que vio la luz en Oña, aunque aquí se la recuerde con un cariño especial. Se parte más bien de la convicción de que sólo se pueden leer nítidamente las grandes lecciones de la Historia, sólo se puede entrar con lucidez en el futuro ante el que nos sentimos abocados, cuando se asume con la misma lucidez el pasado que nos constituye y nos proyecta hacia el futuro. Intentamos, pues, esclarecer primero de dónde venimos y dónde estamos.

Una vez realizado esto, y como no creemos en determinismos históricos absolutos, nos interrogamos también sobre cómo vemos nuestra misión en el conjunto eclesial. Concretando más, intentamos preguntarnos, con seriedad y honradez, qué aporta aquello que como profesores explicamos (o «profesamos») todos los días en las aulas, dentro de ese marco más amplio como es una Universidad hoy. Y nos hacemos la pregunta sobre todo de cara a este segundo centenario que ahora comienza en la vida de la Facultad.

Una Facultad de Teología, en cuanto Centro de reflexión cristiana, no es nunca una realidad autónoma. Esto no sólo es verdad con relación a la Universidad a la que pertenece o en la que está enmarcada, sino también en relación con la misma Iglesia, ya que de ésta recibe

la misión y el objeto de su estudio. Por eso a lo largo de estas páginas se pretende hacer una reflexión teniendo siempre como horizonte las *dos* realidades ante las que de forma más inmediata «nos encontramos situados»: la Universidad como universalidad de saberes y la Iglesia como comunidad de creyentes.

De ahí también el título ambicioso de este proyecto: UNIVERSITAS, THEOLOGIA, ECCLESIA.

UNIVERSITAS, porque la Universidad y la universalidad de culturas y saberes constituyen el entorno teórico y real desde donde se debe hacer el *quehacer* teológico (que no hay que confundir con pastoral aplicada). THEOLOGIA, porque se trata de una reflexión, de una *-logía* o profundización en las estructuras «trascendentes» de la realidad, desde un entorno concreto, siempre en proceso hacia su transformación definitiva. Ello no puede significar nunca abaratamiento, edulcoración o pérdida de la propiedad identidad, ya que la reflexión sucede siempre sobre una Palabra que sólo se aprehende en la *oboedientia fidei* (con todas las consecuencias radicales que ello lleve consigo). ECCLESIA, porque la *-logía*, la reflexión que aquí se hace, aunque participa real y jurídicamente del marco de la autonomía universitaria, no significa por eso una autonomía (gnóstica) frente a la Iglesia como comunidad de creyentes jerárquicamente estructurada. Indica más bien la conciencia de considerarse función eclesial (*sentire ecclesiam*) al servicio de esa misma Iglesia (*sentire cum ecclesia*).

* * *

A la hora de buscar colaboradores para este proyecto, se pensó en primer lugar obviamente en todos aquellos que, como profesores o alumnos, habían tenido alguna vinculación con la Facultad. Sin embargo, quien alguna vez haya tomado parte en la elaboración de este género de proyectos, habrá comprobado que el resultado final rara vez coincide exactamente con las previsiones iniciales (bien por carta de más o de menos). Se pulsan normalmente los registros habituales, se hacen cálculos razonables y luego, por una serie de concatenaciones imprevisibles e inesperadas, aparece en escena una realidad con autonomía propia, que sorprende y desborda por todos los ángulos aquello que en un principio hubiera cabido esperar.

La obra coeditada por ESTUDIOS ECLESIASTICOS y TEOLOGÍA-DEUSTO constará de dos volúmenes. Para mayor claridad hemos dividido cada uno de ellos en secciones o capítulos, precedidos de su correspondiente introducción, en la que se explican sus particularidades.

La *primera* sección de este Volumen recoge, tal como hemos indicado más arriba, las lecciones y conferencias tenidas a comienzos de octubre de 1980, con ocasión de la celebración del Centenario de la Facultad.

La *segunda*, de corte más bien histórico, se centra prácticamente en ese período de la vida de la Facultad transcurrido en el Colegio Máximo de Oña. Es un período dilatado, interesante, más familiar, en donde resuena sin embargo toda la problemática de su derredor. Problemática tal vez deformada por la miopía o falta de perspectiva con que a veces se miraba la realidad cotidiana, pero tampoco tan ajena a la realidad que impidiera captar lo esencial de ella. El éxito editorial de muchas de las publicaciones de la Facultad en este período atestigua que la Facultad de Oña no estaba en otro mundo, separado de éste por un abismo. ¿Existo funesto? Entonces habrá que concluir que lo que estaba deformado era la realidad (nacional, eclesiástica, etc.).

Una *tercera* sección, imprevista no sólo en un principio, sino incluso cuando determinadas páginas del Volumen estaban ya en prensa, y cuya génesis se describe en la introducción correspondiente, está dedicada a salvar del olvido parte del legado inédito del famoso patrólogo José Mañoz, Profesor y Decano de la Facultad de Teología de Oña. Su muerte prematura le impidió dar culmen a la obra que por entonces ocupaba con preferencia su atención. Quedaron de ella reliquias de valor, y las circunstancias parecían indicar que, si esas páginas no se publicaban ahora, no verían jamás la luz.

Las secciones *cuarta* y *quinta* se centran en el análisis de la peculiar relación de la Teología con el pensamiento filosófico y con esa «realidad» de que da testimonio la Escritura.

Un segundo Volumen recogerá las colaboraciones sobre los grandes temas teológicos que hoy preocupan a la Teología Sistemática.

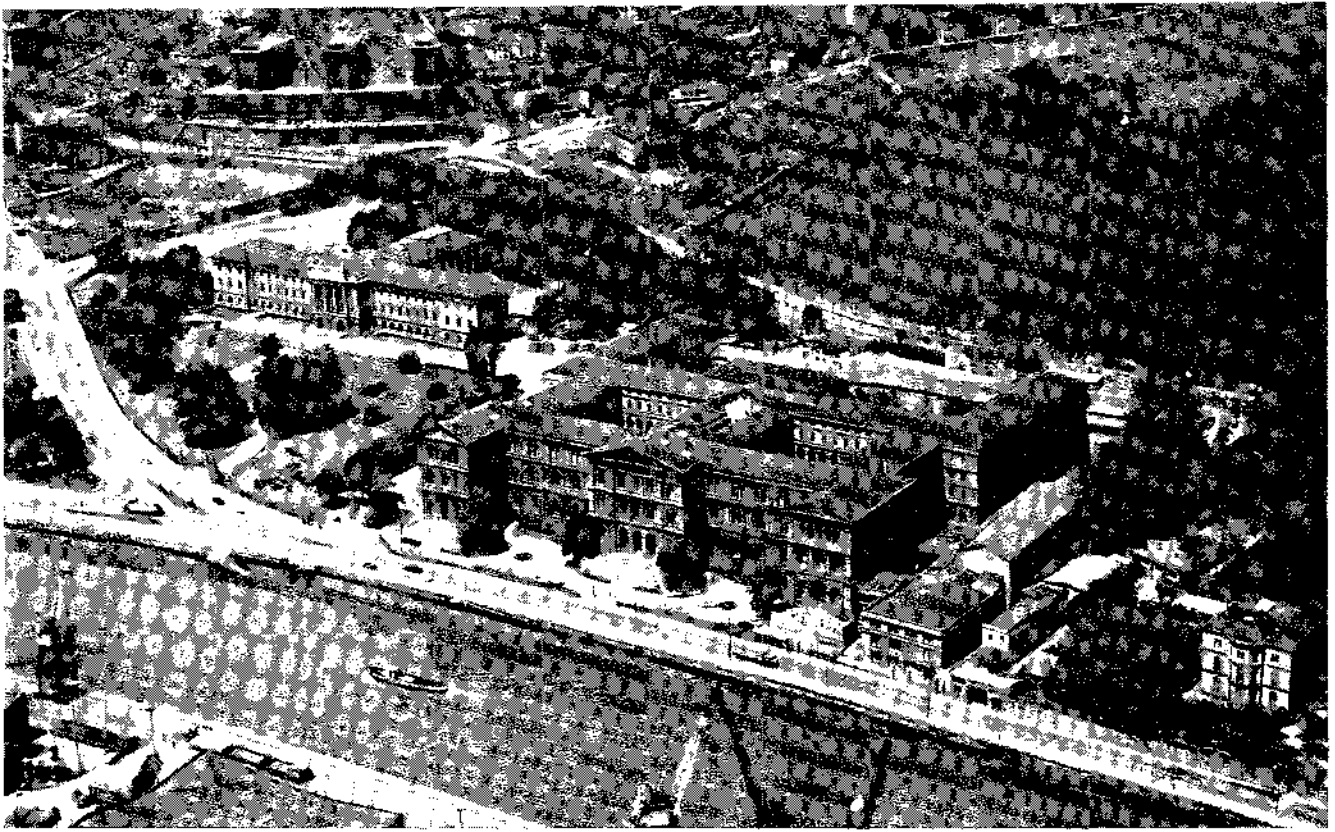
No resta sino dar las gracias a todos los que han hecho posible esta obra, cuyo número, aparte de los colaboradores, es enorme. Por citar los más significativos, mencionamos en primer lugar a los PP. Luis M.^a Armendáriz y José A. Jáuregui: el primero, Decano de la Facultad *cuan-*do se determinó emprender esta publicación y *siempre* dispuesto a ejercer su «rigor crítico» necesario y estimulante; el segundo, Codirector de ESTUDIOS ECLESIASTICOS. Con ellos compartimos las primeras ilusiones, desencantos y esperanzas. Mención especial merecen asimismo los profesores de la Universidad de Comillas, y de forma especial el P. M. Revuelta, por su fraterna colaboración, como se podrá apreciar a lo largo de estas páginas. No en vano el claustro del entonces Seminario, y luego Universidad Pontificia de Comillas, se constituyó a

base de profesores y alumnos de la vieja Oña. Parte decisiva en la elaboración de la tercera sección han tenido con su consejo los PP. Manuel Sotomayor (Granada) y, sobre todo, Félix Rodríguez (Burgos), antiguo profesor de Oña y discípulo del P. Madoz, quien ha cargado asimismo con la ingrata tarea de revisar los originales y su impresión.

Finalmente, no podemos dejar de nombrar en esta *tabula gratulatoria* al P. Isidro M.^a Sans, actual Decano de la Facultad que, venciendo toda una serie de dificultades, tuvo a bien exonerarme de otras cargas para hacer posible esta obra, y al P. Dionisio Aranzadi, Rector de la Universidad, por su enorme interés y eficaz esfuerzo en incorporar plenamente la Facultad de Teología a la Universidad de Deusto y por su apoyo decidido a la celebración de este Centenario.

JOSÉ M.^a LERA, S.J.

Diciembre 1980



Edificio de la Universidad de Deusto (Bilbao), donde se halla ubicada, actualmente, la Facultad de Teología



Actos conmemorativos del Centenario de la Facultad de Teología. El profesor Zubiri leyendo la Lección Magistral